

# 2.

## **La posibilidad de la sustentabilidad regional frente a la fragmentación y las fronteras**

### **Las lecciones de la historia de la Patagonia Andina Argentina**

Guillermo Gutiérrez

En Argentina, la franja andina del norte de la Patagonia fue escenario 1890 y 1920 de una experiencia de regionalismo autónomo, con un importante grado de sustentabilidad. Las condiciones que la hicieron posible fueron la integración de un área de complementación e intercambio a ambos lados de la cordillera; un interesante grado de autosuficiencia alimentaria y de materias primas elementales; patrones de consumo adecuados a esa oferta; poblamiento desde mucho tiempo atrás, lo cual desmitifica el mito del "desierto", esgrimido como justificador de la ocupación militar de esos territorios; finalmente, emerge con fuerza el dato de que la cordillera en esas épocas, lejos de ser un obstáculo, era el soporte de una zona de frontera entendida como hábitat, espacio de tránsito e intercambio.

La crisis y desestructuración de la experiencia sobrevienen cuando el modelo agroexportador hegemónico alcanza la zona, y mediante instrumentos como la implantación de la aduana y las leyes de migraciones, que instalan rígidos límites entre ambos países. Se pasa de un modelo de integración autónoma a otro de integración subordinada.

Analizado desde el presente, este caso nos demuestra el alto grado de continuidad de las políticas tradicionales de desarrollo enmarcado en una mentalidad extractiva de recursos naturales y dependiente. Bajo otras modalidades, se siguen los mismos lineamientos de centralismo, primacía de las actividades extractivas y exportadoras, e integración subordinada de las regiones interiores. Como conclusión, podemos comprender los límites estrictos que tienen los desarrollos autóno-

mos si no se soportan en una adecuada construcción social y política de la integración y la sustentabilidad, que a la vez se apoyen en un diálogo con la globalización desde la afirmación de las identidades locales. En la senda de construir desarrollos autónomos debemos, además, desmitificar cualquier tipo de pragmatismo y jerarquizar una práctica teórica y política que nos permita planificar enmarcados en esa construcción social de la integración.

## De la sustentabilidad al aislamiento

La historia oficial argentina es el relato de una evolución unilineal. En esa descripción fantasmagórica, los pueblos y las geografías convergen, desde la base de una pirámide, a una cúpula siempre en progreso. Originados en la capital, Buenos Aires, los sucesivos bloques dominantes presentan este proceso como el orden natural y lógico, disolviéndose los conflictos precedentes como el triunfo de la racionalidad.

La hegemonía del modelo generado por la alianza de comerciantes, ganaderos y políticos consolidados en Buenos Aires es presentada como el resultado necesario del proceso iniciado en 1810, cuando se inicia la rebelión contra España. Para que esto sea razonablemente creíble, esta historiografía presenta a las alternativas enfrentadas a ese modelo como simples intentos de caudillos bárbaros, o bien rémoras del pasado que se niega a desaparecer ante el avance de la civilización. Las guerras interiores en defensa de los intereses económicos regionales, ocurridas durante buena parte del siglo XIX, son presentadas como “la anarquía”. La experiencia industrialista del Paraguay de Solano López fue arrasada porque consolidaba una competencia a las importaciones de manufacturas inglesas, y fue justificada como lucha de la civilización contra la barbarie.

En 1880, la federalización de Buenos Aires y el ascenso al poder del general Julio Argentino Roca dieron por terminada la guerra civil que se inicia en 1813, cuando la Asamblea “del año XIII” expulsó a los diputados de José Artigas, un caudillo revolucionario oriundo de lo que hoy es Uruguay, y defensor de un modelo federalista. Se consolida entonces el poder de comerciantes importadores, beneficiados por el control de la aduana porteña, y terratenientes que concentran las ricas tierras de la Pampa Húmeda, de intereses entrelazados y fundamentalmente subordinados a los de las metrópolis capitalistas. Surge así la Argentina “de los ganados y las mieses”, atada a la importación de manufactura y la producción y exportación altamente especializada en un puñado de productores primarios. Como un designio del destino, se impone una “mentalidad extractiva”, para la cual el territorio es básicamente un hinterland productor de carnes y cereales.

La ocupación militar y asimilación definitivas del Chaco (1884) y la Patagonia (1881) por parte del gobierno de Buenos Aires, presentadas como la “conquista del desierto”, fueron parte de ese proyecto. En la línea del discurso progresista de la época la acción militar estaba justificada con promesas de nuevos poblamientos, asentamientos de agricultores, incentivo a nuevas industrias, progreso y civilización.

Según esas ideas, que fueron una de las grandes justificaciones de reducción de los indígenas, la Patagonia iba a ser una multiplicación de ciudades y pueblos, ejemplos de desarrollos locales. Basta leer los bien intencionados e ingenuos textos de exploradores, peritos de límites, e inclusive de los mismos militares que participaron en la llamada conquista del desierto: el general Conrado Villegas, el general Manuel Olascoaga y otros, exponen su fe con la misma fuerza con que expresarán años después su desilusión, al comprobar que la tierra había sido cedida a unos pocos propietarios.

Aquellas ideas de poblamiento equilibrado, producción diversificada, construcción de infraestructura de transporte que vinculara internamente la región y la conectara en todos los sentidos necesarios, se disolvieron en función de los intereses del bloque dominante. Las líneas férreas, y después los caminos y las rutas aéreas, se diseñaron, construyeron y operaron en función de ese modelo, convergentes hacia Buenos Aires.

Nada se hizo por la sustentabilidad regional; tan sólo las zonas irrigadas de los ríos Neuquén y Negro pudieron consolidar un cierto mercado interno y un grado aceptable de autosostenimiento, pero siempre determinadas por los mercados a los que se dirige la exportación de frutas. El petróleo y la hidroelectricidad, que por las grandes riquezas que producen deberían haber sido garantía de prosperidad de la Patagonia, también se convirtieron en expresiones de la mentalidad extractiva y dependiente.

No faltaron intentos de establecer otras formas económicas y sociales a niveles locales. Todas ellas se fueron prefigurando tempranamente, en el siglo XIX; sólo por citar algunas podemos recordar la creación del puerto de Carmen de Patagones (en el extremo sur de la provincia de Buenos Aires), la colonización galesa del valle del río Chubut, el poblamiento de la isla de Choele Choel (ubicada en el río Negro), el establecimiento comercial en la isla Pavón, en la desembocadura del río Santa Cruz, del comandante Luis Piedrabuena; y hasta la loca declaración de independencia de un grupo de pobladores de El Bolsón, provincia de Río Negro, a principios del siglo XX. Todos estos intentos fueron absorbidos por el modelo emergente, y terminaron dependiendo del comercio y el mercado de las ciudades de Bahía Blanca y Buenos Aires. No hubo una sola política coherente del gobierno destinada a fortalecer estas experiencias, ni a fomentar otras que favorecieran desarrollos equilibrados y autónomos e integración de espacios locales homogéneos en términos geográficos, culturales y de bioregión. Por el contrario, todo tendió a subordinarlos al lejano mercado de la metrópoli.

De todos estos intentos frustrados, es muy interesante y revelador el proceso de desarrollo autónomo e integración regional ocurrido entre 1890 y 1920, en la zona andina de la Patagonia norte que abarca desde Esquel, en la provincia del Chubut, hasta el norte de la provincia del Neuquén. Es interesante porque, a diferencia de los ejemplos anteriores, se desarrolla como un sistema de integración en el marco de una bioregión amplia, ya que entre sus componentes está una fuerte interdependencia con la novena y la décima región de Chile; no sólo

abarcó una gran superficie, sino también diferentes experiencias sociales y culturales.

También es interesante por su carácter espontáneo. Esta integración funcionó como una respuesta necesaria, y no preconcebida, a las demandas y posibilidades de poblamiento que se dieron por siglos, con los habitantes originarios, los misioneros jesuitas, los colonos criollos chilenos y alemanes, y los primeros emigrantes desde el Atlántico. Fue demostrativa de que, en verdad, la cordillera de la Patagonia norte no es un obstáculo natural, sino una construcción política de las primeras décadas del siglo veinte, justificada en términos de soberanía (por parte de Argentina y Chile), a costa de frenar el desarrollo de la región. Y es reveladora porque en su espejo se reflejan las grandes posibilidades de desarrollo equitativo que habrían tenido nuestros pueblos, de haberse construido sistemas políticos y económicos basados en los intereses y las potencialidades reales.

La historia fue otra y se impuso el modelo de concentración interna y dependencia externa, reproducido hasta el presente. Por esa razón, el análisis de la experiencia que aquí tratamos puede servirnos para comprender los impedimentos que se presentan, hoy y a futuro, a las economías regionales o los emprendimientos con grados de autonomía. Como consecuencia de la frustración de esta experiencia, las poblaciones recostadas en los Andes se aislaron de la contigua meseta extra andina y del valle del río Negro, zonas con las que podrían haber constituido un área de ricas articulaciones productivas y de mercado. Cada una por su lado, se hicieron dependientes de sendas actividades monoproduktivas y altamente dependientes de la demanda externa: el turismo, la producción lanera, la fruticultura, respectivamente. Más tarde el petróleo y la hidroelectricidad parecieron abrir un panorama diferente, pero la emergencia de las nuevas políticas neo liberales, entregaron estas posibilidades a los nuevos actores transnacionales.

## La gran ciudad de Nahuel Huapí

Entre 1911 y 1914 el Jefe de la Comisión de Estudios Hidrológicos, Bailey Willis, realizó una serie de investigaciones en la Patagonia que, al redactar el informe, lo llevaron a escribir estas ideas de futuro:

“La desembocadura del lago Nahuel Huapí se halla al pie del cerro Carmen, pasado el cual el (río) Limay fluye como una corriente vertiginosa y límpida entre bancos de grava de la morena...en el valle del Limay, se abre un llano que descien- de hacia el río y el arroyo Chacabuco. En este llano, cuya área es de 1.100 hectáreas, se levantará la futura ciudad de Nahuel Huapí, sobre un plano que ha hecho trazar el gobierno, con las calles, plazas, parques, edificios públicos y abastecimiento de agua de una ciudad que tendrá secciones dedicadas a la manufactura, al comercio y las residencias, y que será el centro de la industria y del tráfico del territorio de los lagos. Es en verdad un centro geográfico para todas las líneas de comunicación de esa región andina tanto por las transcontinentales como por las internas del norte y el sur. El ferrocarril que se extiende hacia el este a través de las Pampas lo

conecta directamente con el Atlántico. La continuación de esta línea a Valdivia hacia el oeste le da salida al Pacífico. El valle del Limay ofrece una ruta factible para un ferrocarril que sin duda habrá de construirse algún día, para conectar Nahuel Huapí con las provincias del Norte, y la conexión sur se establecerá por una línea que extenderá de los Andes... hacia el Chubut y Santa Cruz. Repesando el Limay el sitio de la ciudad llegará a ser la margen de un lago que llenará el valle por unos 15 kilómetros, al mismo nivel que el del lago Nahuel Huapí. Navegarán el nuevo lago, Lago Limay, vapores que podrán pasar por el canal del río al lago Nahuel Huapí hasta sus brazos más remotos. En la ciudad se concentrarán las materias primas de las Pampas<sup>1</sup> y de la Cordillera para ser transformadas en manufacturas nacionales que competirán con los productos importados de que Argentina actualmente depende por completo..... la (futura) ciudad situada a la entrada del parque nacional en una región de delicioso clima de verano, está llamada a ser, no sólo un centro fabril y comercial, sino también un punto atractivo para el turismo” (Willis, 1988, pag.212-213).

Nueve décadas después, Nahuel Huapí es una localidad que consta de un puesto de policía, un viejo y pintoresco edificio de chapa y madera, que en otras épocas fue almacén de ramos generales y luego restaurante y parrilla, un par de casetas de informaciones turísticas y un puesto de la Dirección de Vialidad. La única obra de ingeniería que puede verse es el puente carretero sobre el río Limay, que une las provincias de Neuquen (jurisdicción a la que pertenece el paraje) y Río Negro. En el hermoso llano que menciona el estudioso, se destaca como principal ingenio constructivo la rotonda de giro hacia la ruta que se dirige a Villa Angostura y Chile. Como tantas historias argentinas, el coherente proyecto de Bailey Willis hoy sólo es leyenda. Atravesando el río, y continuando unos kilómetros, se emplaza una ciudad donde el autor imaginaba toda la extensión del parque nacional. Es San Carlos de Bariloche, la ciudad cuyo centro cívico<sup>2</sup> y un par de calles son el único sector diseñado con criterio planificador, y que se extiende como una estrecha franja a lo largo de 25 kilómetros, avanzando profundamente hacia la cordillera de los Andes, destruyendo en su expansión hectáreas y hectáreas de bosques nativos, que seguramente figuran entre los más hermosos del mundo. Es la demostración acabada de cómo los especuladores de bienes raíces pueden triunfar sobre cualquier criterio de resguardo del ambiente, siempre en nombre del “progreso”.

## El mito del “desierto”

El avanzado proyecto que menciona Bailey Willis tenía dos basamentos: en primer lugar, una visión de sociedad nacional construida sobre un desarrollo equi-

1. Bailey Willis se refiere por “Pampas” a la zona de mesetas contigua al lago Nahuel Huapí, no a la región pampeana.

2. En otros países de América Latina, la “plaza de armas”.

librado de las regiones; en segundo término, su observación de la experiencia concreta que, durante la última década del siglo XIX, y la primera del siglo XX, podía apreciarse en la región estudiada.

Bailey Willis se entusiasma con unas ideas de desarrollo regional que no eran, precisamente, las predominantes entre quienes manejaban las riendas del poder. Para ellos se trataba entonces de avanzar sobre la frontera que separaba a Buenos Aires de los pueblos indígenas, para convertir esas tierras férciles en fuente de productos primarios destinados a un mercado europeo ávido de intercambiar sus manufacturas. En la historia quedó cristalizada una “conquista del desierto”, como se denomina a la campaña militar comandada por el Gral. Roca, contra las poblaciones indígenas que dominaban la región más allá de esa frontera.

Tal como han planteado diversos autores, en especial Milciades Peña, citando los informes del Gral. Julio A. Roca al Congreso Nacional, esa campaña fue “un paseo” y no una gesta heroica, ya que el ánimo guerrero de los pueblos indígenas, principalmente mapuches, estaba a la sazón bastante diluido. (Peña, 1968, pag. 75-76) Hay quienes atribuyen esta actitud al alcohol y otros vicios contagiados desde la “civilización”; pero es una explicación demasiado superficial, que no contempla la fuerte transformación que estos grupos habían experimentado. El ciclo completo de la gran nación que los españoles llamaron “araucanos” fue desde un estado sedentario, artesanal y agrícola (debilitado por la guerra con los conquistadores), pasando por la asimilación del caballo, funcional a su transformación en “expropiadores” de ganado vacuno y equino en la región pampeana, con destino al comercio y la propia alimentación. En el siglo XIX ya eran grandes comerciantes de ganado y comenzaban a reciclar el sedentarismo, esta vez en los contrafuertes orientales de los Andes y en ciertas zonas de la provincia de Buenos Aires.

Esto nos lleva a que el llamado “desierto” no era tan desierto, sino más bien una zona de tránsito, establecimientos comerciales y de apoyo y, en la cordillera, asentamientos importantes de algunos loncos (caciques) y sus agrupaciones. El concepto de “desierto” que enmarca la operación militar de Roca es una construcción ideológica, direccionada a justificar la integración definitiva del territorio nacional bajo la hegemonía de la oligarquía de Buenos Aires. Y la “guerra”, resuelta en diversas escaramuzas sangrientas, no puede considerarse otra cosa que una campaña represiva de la última resistencia mapuche.

Ampliando aún más el concepto, podemos decir que la extensa región que se extendía al sur del río Colorado, así como la zona andina en la que se asentaban importantes cacicatos, eran la base territorial de un sistema en transición, que se daba en el marco del capitalismo emergente en el territorio nacional en la segunda mitad del siglo XIX. Este marco articulaba complejas interacciones de varios modos de producción: el mercantilismo de los grupos indígenas que expropiaban ganado en la región pampeana y lo vendían en Chile, la economía de caza en la meseta, la recolección, prácticas agrícolas y artesanales en la zona andina, y la introducción de la revolución industrial a través de la manufactura que se compraba o intercambiaba en los “boliches” desparramados en esas extensiones. Este com-

plejo sistema, a su vez, articulaba con el emergente capitalismo en los territorios controlados por el gobierno de Buenos Aires que, a pesar de su discurso contra el indio, también realizaba acciones que facilitarían esa articulación, como lo fue la declaración de puerto franco de Carmen de Patagones en 1856, en el que “la actividad naval se intensificó en forma notable. A raíz de ello crecieron las exportaciones, se diversificó la producción agrícola (además de trigo se cultivaban frutales, legumbres, papas, tabaco y vid) se intensificó el trueque con los indígenas, que proporcionaba grandes ganancias a los comerciantes; y se importó toda clase de bienes de consumo” (Martínez de Gorla, 1970, citada por Vapnarsky, 1983, pág. 19). Dada la escasa población “blanca” en la zona hacia mediados del siglo XIX, es evidente que ese comercio y las importaciones tenían que dirigirse a otros consumidores, no registrados en ninguna estadística.

En el plano político estas articulaciones también fueron lo suficientemente importantes como para refutar la idea de un “estado civilizado” conquistando “a los bárbaros”. Por el contrario, era la guerra entre un estado nacional aún en proceso de consolidación, enfrentado a pueblos que también tenían una organización y una representación política: la Confederación de Salinas Grandes. Estaba ubicada en las cercanías del lago Epecuén (famoso por sus aguas curativas) en la provincia de Buenos Aires; fue establecida en 1835 por Calfucurá, lonco proveniente de Chile y pervivió hasta 1877, cuando su hijo Namuncurá fue derrotado en la batalla de San Carlos, en este mismo territorio bonaerense. Pero en cuarenta y dos años de existencia estructuró un verdadero poder, que avanzaba hacia la constitución de un sistema de Estado cuyo desarrollo ulterior es difícil de imaginar desde el presente. Indicador de este poder constituido es la alianza que establece con la Confederación Argentina, con capital en Paraná, cuando Buenos Aires era un estado secesionado del resto de las provincias argentinas. Muchas de las acciones militares y “malones” que las tropas de Salinas Grandes llevaron a cabo contra Buenos Aires<sup>3</sup> tuvieron mucho que ver con esta alianza política - militar. Estos acuerdos establecidos “de estado a estado” tenían bastante antigüedad, ya que se remontan a un pacto previamente establecido con Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires hasta 1852.

La mera existencia de la Confederación de Salinas Grandes, contemporánea de los acontecimientos más importantes de las guerras civiles argentinas y de la guerra de la Triple Alianza, que enfrentó a Brasil, Argentina y Uruguay con Paraguay entre 1865 y 1870, nos demuestra lo arbitrario de denominar “desierto” a los territorios hacia el oeste y el sur de este asentamiento. La categoría no respondía a razones ambientales o de geografía física, sino para señalar la ausencia del “hombre blanco” o mejor dicho del “hombre blanco de Buenos Aires”; porque en la época, ese “desierto” era el espacio por el que se desplazaban también criollos chilenos, galeses y hasta un francés “rey de Araucanía y Patagonia”. Es difícil no inferir la influencia que este centro político y económico, controlado por tantos

3. En 1871 un “malón grande” llegó a las puertas de la ciudad de Buenos Aires.

años por Calfucurá, debió ejercer sobre esos espacios que eran su “patio trasero”, zona de tránsito de ganado, bienes y personas entre los pasos de la cordillera y otras regiones del territorio nacional.

La operación que Arturo Jauretche llamaba “política de la historia” (Jauretche, 1959) diluyó todos estos hechos, los vació de cualquier contenido que pudiera categorizarlos en el campo de una economía política alternativa al modelo finalmente impuesto, y los relegó al desván de los recuerdos pintorescos<sup>4</sup>. Esta política de la historia es mutuamente determinante con una determinada política cultural, cuyo resultado es la instalación de la ideología justificatoria de un único modelo económico-político, impuesto por las sucesivas expresiones del bloque dominante. Fieles a las ideas del manchesteriano Cobden<sup>5</sup>, fundamentaron un sistema centralizado en la metrópoli porteña, exportador de productos primarios e importador de manufactura, reproduciendo el mecanismo hacia las regiones interiores y asignándoles el exclusivo papel de hinterland proveedor de materia prima y consumidor de industria importada.

Esa manipulación de la política histórica y de la cultura hicieron que generaciones de argentinos asumieron esta propuesta como “natural”; la falsificación de la historia fue un formidable instrumento, que ocultó o distorsionó experiencias demostrativas de que otros caminos eran posibles. Como señala Aníbal Ford, uno de los motores centrales de esta mistificación ha sido la desvalorización del concepto mismo de territorio: “El corazón de las políticas culturales dominantes se fue estructurando, en muchos casos, en torno a ideologías desvalorizadoras del territorio-nación. El Rivadavia que niega a San Martín afirmando “lo que conviene a Buenos Aires es replegarse sobre sí misma”; el Sarmiento de “el mal que aqueja a la Argentina es la extensión” o de los artículos en ‘El Progreso’ de Santiago de Chile (en los cuales escribe como chileno proponiendo el dominio de Chile sobre el estrecho de Magallanes); el Echeverría de ‘la patria no se vincula con la tierra natal’ son ejemplos, en diferentes planos, de lo que afirmamos. La configuración de esta ideología sobre el territorio será más fuerte que aquellas que la enfrentan. La afirmación territorial que de hecho, y no sin contradicciones, se da por ejemplo en lo que Daus llamó ‘los geógrafos militantes’ del 1870 -Zeballos, Moreno Lista, Fontana, Piedrabuena, Moyano, etc.- sería sepultada por la ideología de la granja inglesa y de la pampa verde que triunfa en el ochenta” (Ford, 1988, pag.85-86).

Los estragos causados a la sociedad argentina por esta filosofía fueron advertidos tempranamente; en el mismo texto de Ford se rescata el pensamiento del general Olascoaga, conocedor profundo de la realidad a partir de sus investigaciones

4. En la ciudad de Carhué, esta historia se relaciona casi exclusivamente con la validación que hacían los indígenas de las cualidades curativas del Epecuén.

5. La consigna de Cobden “Inglaterra será el taller del mundo y la América del Sur, su granja” no sólo fue bandera de las oligarquías rioplatenses en las primeras décadas del siglo XX; en verdad, observando la actual composición de las exportaciones de América Latina vemos que su vigencia goza de buena salud.

en terreno, publicado en los años del Centenario: “Bueno es ya también que como lección muy oportuna, recompongamos nuestra geografía histórica, que ha sido siempre lastimosamente interpretada bajo el concepto de las ideas que se nos antojaban, respecto de la topografía de nuestros territorios lejanos; cuando la Pampa era una sábana de muerta, uniformemente plana y estéril; cuando la Patagonia era ‘un páramo horrible, estéril y maldito, aún inferior a la Pampa... cuando la cordillera era un enriscado de piedras, donde apenas podía tenerse un guanaco; cuando el Chaco y la Puna eran hogueras de calor, absolutamente inhabitables; por un lado, matorrales podridos e inaccesibles, y por otro, estepas de suelo raquítrico y sin ambiente de vida. Así, en la mente del país debía dominar la idea de que nuestros centros poblados no componían otra cosa que un oasis en medio de la inmensidad yérmica; así, nunca se levantó el espíritu cuando se atentó al despojo de nuestros territorios desconocidos. Y a fe que este menosprecio tradicional todavía encuentra acogida en individualidades retardatarias y formas de subsistir. Los que hemos recorrido esas lejanías y venimos entusiastas con las noticias que rectifican las absurdas preconcepciones, jugamos a veces un rol bastante desalentador, por no decir ridículo. Ciertos personajes, demasiado hinchados con las nociones que tienen de corto radio, y que se afirman en su antigua cartografía y literatura, levantan su mirada irónica y compasiva, indicio infalible de sabiduría profunda, y dejan chato al pobre explorador. Uno de esos togados, en una reunión política - donde no debe tratarse cosa que sea de interés público, ... -dijo: - Este Olascoaga no sabe hablar sino del Neuquen, del Chaco y de la Puna...Es lo típico de la ignorancia, que deberíamos llamar empecinada, respecto de la cuestión geográfica; lo más importante que afecta la riqueza y el porvenir del país, la noción más indispensable para dirigir su buena administración” (Olascoaga, 1935, pag. 94)

Como dice Ford, ese descuido e ignorancia sobre el territorio - nación se hace visible en los trazados del ferrocarril inglés, y aún hoy sigue pesando negativamente en nuestras matrices culturales. El modelo “cobdeniano” de agroexportación, la convergencia de vías férreas y caminos hacia el puerto de embarque<sup>6</sup>, la especialización monoprodutiva por regiones, necesitan de esa “ignorancia empecinada” de la geografía real a la que se refiere Olascoaga; es una ignorancia remitida a otra “ciencia”, que convalidada por el poder de las academias oficiales afirma que esos “desiertos” pueden insertarse en el sistema a medida que se vayan adaptando a las mencionadas producciones destinadas a la exportación.

6. El historiador argentino Fermín Chávez solía citar una anécdota de Leopoldo Lugones: una vez recibió en su despacho de director de la Biblioteca Nacional a un estudiante que lo increpó, preguntándole porque decía que Argentina era una colonia. Como respuesta, Lugones desplegó dos mapas, uno de Argentina y otro de Estados Unidos, y señaló cómo en la Argentina los ferrocarriles eran líneas convergentes hacia el puerto de Buenos Aires. “Esto es una colonia, en la que todo se orienta hacia el exterior”, le dijo. Luego le indicó el trazado de los ferrocarriles norteamericanos, que vinculan el territorio y la producción en todos los sentidos, atendiendo tanto la exportación como al mercado interno, fomentando cada lugar del territorio. Y remarcó “Esto es una nación”.

## “Banco de pruebas” de un sistema autosustentado

Desconocemos el documento o plan de gobierno en que Bailey Willis se basa para entusiasmarse con la ciudad de Nahuel Huapí. Pero teniendo en cuenta que sus estudios en la zona se inician en 1911, podemos considerar que tanto quienes formularon el proyecto, como su propio entusiasmo, debían tener como sustento datos y condiciones propicias para la aplicación de esas ideas. Es evidente que para él “la cordillera no era un enriscado de piedras, donde apenas podía tenerse un guanaco”, sino un escenario en el que la población y las actividades productivas (priorizando las industriales, abastecidas por la región contigua) podían ampliarse. Y si esto se consideraba posible, era porque ya podía observarse que en la zona estaban los gérmenes de ese proyecto; el “banco de pruebas” estaba funcionando, mostrando cómo una población alejada, prácticamente aislada de Buenos Aires, tenía posibilidades de asentarse, crecer y autoabastecerse.

Esa población tenía varios epicentros: en el pueblo de San Carlos, ubicado en las márgenes del lago Nahuel Huapí; en el Valle Nuevo, donde surgía desde fines del siglo XIX el poblado de El Bolsón; en el valle 16 de octubre (Esquel y Trevelin, provincia del Chubut); en Junín de los Andes y, más al norte, en Chos Malal. No era un espacio pequeño; de hecho, es una franja que en sentido longitudinal abarca casi 1.000 Km.

Esos eran los datos concretos constatados por el estudioso; esos asentamientos eran posibles porque había una base de autosostenimiento, estructurado en torno a cultivos, ganados y explotación forestal, y una dinámica de intercambio y reciprocidad con las poblaciones de Chile.

Hoy, con otros instrumentos teóricos, podemos decir que el buen avance de ese proceso se explica a partir del concepto de integración regional, en términos de bioregión y matriz cultural en franco proceso de elaboración. La bioregión que dio base a esta experiencia es la que se define como bosques mixtos y pastizales andino patagónicos de la franja andina, hoy dividida entre las provincias de Chubut, Río Negro y Neuquén; a la vez, la circulación y establecimiento de pobladores en la cordillera fortaleció un vínculo con la región de la selva valdiviana, los bosques del sur chileno y los asentamientos tanto mapuches como de colonos de distintas procedencias en la X y IX región. Las características ecológicas de estas regiones se describen en Morello (1995).

Esa dinámica de integración se quiebra al afirmarse el control desde la metrópoli porteña, que implicó la subordinación regional al centralismo político y la lógica comercial de los distribuidores mayoristas. Se atacó lo esencial del éxito de este sistema de autosostenimiento: se fijó un límite preciso y rígido en el espacio de frontera, que *separaba*, reemplazando la concepción de la frontera como zona de encuentro, multiculturalidad e intercambio.

El discurso sobre los territorios salvajes y desconocidos que debían ser conquistados fue la llama que encendió el espíritu guerrero del Ejército. Este espíritu es reflejado por el general Conrado Villegas cuando, en 1876, llega a Trenque Lauquén

y en su proclama dice: “Algunos espíritus malvados o pusilánimes han creído que nuestra marcha al Desierto era caminar a la tumba”. La frase es citada por Liborio Justo en su prólogo a “Expedición al Gran Lago Nahuel Huapí” en el año 1881, rematando con su propio comentario: “...demostraba el estado de ánimo que embargaba al ejército en su avance, frente al temor al indio y a lo desconocido” (Justo, 1974, pag. 8) El mismo autor escribe párrafos más adelante: “La campaña del general Conrado Villegas, en 1881, se realizó con las fuerzas divididas en tres brigadas, las cuales, partiendo de puntos distintos, y haciendo cada una un recorrido particular, debían encontrarse el 10 de abril sobre las márgenes del “gran lago”, después de atravesar regiones hasta entonces desconocidas” (Justo, 1974, pag. 10). Regiones hasta entonces *desconocidas*: en plena década del 1970 un autor como Liborio Justo, que en épocas mejores supo ser “Lobodón Garra”, escritor anarquista y libertario, sostiene aún la tesis del “*desconocimiento*” de la región. La marcha militar de Villegas culmina en 1881, a orillas del Nahuel Huapí<sup>7</sup>. Y toda la historiografía funcional al modelo metropolitano determina ese acontecimiento como hecho fundante, como el inicio de un poblamiento en tierras vírgenes.

De los partes de guerra escritos por el mismo Villegas, o bien por sus oficiales, se desprende que la realidad era otra; los expedicionarios llegaban a una zona en la que la habitación humana era de vieja data:

“La tierra del valle es fértil como pocas (refiriéndose al famoso llano que luego entusiasmaría a Bailey Willis) habiéndolo observado esto prácticamente. Existen allí treinta indios con sus familias pertenecientes a la tribu de Inacayal, siendo estos pacíficos y agricultores. He visto los productos que sacan de aquella tierra y no pueden ser más hermosos. Allí se produce el trigo (blanco y colorado), cebada, maíz, quingua, porotos, alperjas (sic) blanca y colorada, zapallos, papas, etc.etc., ...se valen para romper su seno (de la tierra) de un tosco arado construido de las maderas que les proporciona el lago”. En otro parte describen, cuando exploran la margen sur del Nahuel Huapí, la existencia de “un camino que parece guiar a algún paso de la cordillera” (Villegas, 1974, pag.31)... y habla de las evidencias de “grandes invernales” utilizadas por los indios... y de la vegetación entre la que describe “manzanos... y zarparrillas”, evidencias de algún tipo de diseminación anterior de estas variedades exóticas... En otros partes de guerra, en las recorridas en las proximidades del río Chimehuin, también se describen sembrados de trigo y cebada, y “piaras de cerdos”... También en las cercanías del arroyo Chapelco encuentran con un par de casas, una quemada y la otra “..hecha con madera labrada...” que atribuye a comerciantes chilenos.

7. La memoria de la zona indica que el primer poblador fue “Motoco” Cárdenas, procedente de Chile, quién hacia mediados de la década de 1890 ya estaba instalado en la rivera oeste del río Azul, luego de varias incursiones exploratorias que incluyeron la siembra de trigo. Pero diversos indicios señalan que Cárdenas era uno más entre varios campesinos para quienes el paso del Puelo era una zona de intercambio permanente.

Estas comprobaciones llevan a Villegas a idealizar un futuro de granjas y cultivos, a cargo de “el inteligente agricultor teniendo en su mano las herramientas y útiles modernos que en el día ofrecen el progreso de la industria...” (Villegas, ob.cit. pag. 31) Al hombre de estrecha mentalidad militar se le escapa la potencial vinculación entre ese futuro de “inteligentes agricultores” y las expresiones culturales que tiene ante sus ojos, y que su tropa está barriendo a sangre y fuego (tal como se expresa en los diversos partes de guerra). Salvo el caso de Inacayal, el resto de la población indígena es un enemigo a combatir, a pesar de que en la enumeración de esas escaramuzas, junto a la enumeración de muertos y heridos, se va colando la descripción de cultivos de trigo y cebada.

Los partes de guerra de la expedición de Villegas se refieren al momento inmediatamente posterior a su llegada al Nahuel Huapí. El episodio es rescatao por la historia oficial como la primera presencia “blanca”, la derrota del “bárbaro” y el inicio del poblamiento civilizado. Esta tesis sólo puede sostenerse desde un acendrado etnocentrismo, porque a la llegada de las tropas la región ya estaba habitada, con un registro que se remonta varios siglos atrás, sin contar los habitantes prehistóricos.

Podemos hablar de varios movimientos que fueron estructurando la población regional en fechas anteriores a la denominada Conquista del Desierto:

1) el fluido tránsito de la nación mapuche que, presionada por los españoles, pasó desde territorio chileno y se instaló en diversos lugares de los contrafuertes andinos, expandiéndose hasta llegar a las llanuras bonaerenses con epicentro, como citamos anteriormente, en la Confederación de Salinas Grandes. Este proceso de expulsión desde Chile se intensificó como consecuencia de la ley dictada en 1823, que permitía la venta de tierras indígenas, produciendo una fuerte reducción del espacio que ocupaban en ese país (véase por ejemplo, la revisión de Bengoa, 2000 para el caso chileno).

2) Los jesuitas intentaron instalar una misión a orillas del Nahuel Huapí, empresa que tuvo diversos contratiempos y que fue culminada por el franciscano Menéndez, en tres viajes, el último de los cuales fue en 1794.

3) el flujo de comerciantes o simples aventureros chilenos, que iban y venían en forma natural; George Musters, en su “Vida entre los Patagones” cita varios encuentros con gente proveniente de Chile, y asentada en la zona (Musters, 1911), entre ellos los secretarios de los caciques Foyel y Sayhueque.

4) campesinos chilenos que en las últimas décadas del siglo XIX comenzaron a establecerse en el valle Nuevo, en las cercanías de lo que hoy es el pueblo de El Bolsón.

5) Galeses que se instalan en el valle 16 de octubre. La colonización de la zona de Esquel y Trevelin data de 1884.

6) las migraciones de colonos alemanes, principalmente hacia el Nahuel Huapí, y que resultaron en la fundación de San Carlos de Bariloche, en 1902.

7) La importante población asentada en la zona andina del territorio de Neuquen, hasta el impacto producido por la expedición de Roca. Beatriz Kalinsky y Osvaldo

Cañete registraron indicadores de ese proceso, de los cuales consignamos algunos ejemplos: En 1801, Calfucurá ingresa a territorio argentino, por Neuquen, y transita hacia Buenos Aires. En 1858, el Gobernador Alsina “reconoció el derecho de ocupación del Neuquen al cacique Sayhueque”; 1869, se registran asentamientos de familias mapuches que huyen de la provincia de Buenos Aires. En 1875, llegan los misioneros salesianos. En 1879-1900, se observa la presencia importante de “crianceros de ganado mixto, con predominio del caprino. Completaban las labores de crianza con agricultura de subsistencia y ubicaban su producción en Chile mediante la venta de ganado en las veranadas o a través del intercambio con el ‘bolichero’ local por artículos de consumo. ... conformaron la organización social básica heredera de prácticas ganaderas anteriores a la “conquista del desierto”. El criancero fue desapareciendo a partir de la ocupación de la tierra por grandes propietarios. ...” desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1930, la ganadería se convierte en la actividad estratégica que organiza el espacio neuquino en torno a la faja occidental que, a fines del siglo XIX, contenía el 80% de la población total del territorio...” débil o nula presencia estatal argentina en la frontera hasta 1930. Tránsito de personas y mercancías entre ambos lados de los Andes. Las actividades se orientaron hacia el mercado chileno, con la consecuente importancia que la migración chilena representó en la ocupación de estas tierras. Utilizaban el trabajo asalariado como complemento de la subsistencia. .. Se generalizó el uso de la papeleta de conchabo”. En 1883 se instala el fortín de Junín de los Andes, y en 1885 se rinde Sayhueque; 1887, Olascoaga es el primer gobernador de Neuquen, con capital en Chos Malal, sobre la cordillera; “aislamiento con respecto al mercado nacional, suplido mediante la integración a los circuitos del sur de Chile” (Kalinsky / Cañete. 2000)

Todos estos flujos de gente, algunos con la meta de asentarse, otros como viajeros, desmitifican el concepto de “desierto” y a la vez nos hablan de una zona de cordillera considerada como hábitat y no como una barrera infranqueable o tan siquiera difícil. El antiguo paso “de los Vuriloches”, el lacustre (hoy paso Pérez Rosales); el paso de El León, en la zona de El Manso, los pasos controlados por Sayhueque en Neuquen, eran los corredores que facilitaban ese tránsito que en el siglo XIX se convierte en comercio e intercambio.

El cacique Foyel era uno de los comerciantes importantes, e incluso tenía su propia visión de un futuro desarrollo de la zona. Entrevistado por George Muster, sus palabras denotan hasta que punto no se trataba del “salvaje” que tiempo después sería emboscado y muerto por una patrulla del ejército: ““El cacique inició entonces una conversación a propósito de los indios y sus relaciones con los blancos. Declaró que estaba a favor de un comercio amistoso tanto con los valdivianos del lado occidental como los argentinos en las costas orientales. Voy a citar alguna de sus palabras textuales: ‘Dios nos ha dado estos llanos y colinas para vivir en ellas; nos ha dado el guanaco, para que con su piel formemos nuestros toldos. Y para que con la del cachorro hagamos mantas con que vestimos; nos ha dado también el avestruz y el armadillo para que nos alimentemos. Nuestro contacto con los

cristianos en los últimos años nos ha aficionado a la yerba, al azúcar, a la galleta, a la harina y a otras regalías que antes no conocíamos pero que nos han sido ya casi necesarias. Si hacemos la guerra a los españoles<sup>8</sup>, no tendremos mercado para nuestras pieles, ponchos, plumas; de modo que en nuestro propio interés está mantener con ellos buenas relaciones, aparte de que aquí hay lugar de sobra para todos'. Siguió hablando, y dijo que estaba procurando hallar un camino para Valdivia que no pasara por Las Manzanas, ni por la tribu de indios Picunches, que están contra todos los extranjeros; y que, si podía, iba a traer familias de indios valdivianos para cultivar alguno de los valles situados a orillas del río Limay" (Musters, 1911, pág. 305-306).

Es muy probable que este permanente ir y venir de un lado al otro de la cordillera, así como la anterior presencia de los misioneros, incentivaran las actividades agrícolas que sorprendieron a Villegas en 1881, hasta el punto de imaginar la sustentabilidad alimentaria de la zona. Del listado de vegetales que cita, hay unas cuantas de origen europeo o bien como en el caso del maíz, de origen americano pero exótico para esta parte del continente.

En contraposición con la imagen de región desértica y despoblada, todo el área aparece como un continuo de mutuas influencias e intercambios culturales, sociales y económicos. Hay una población indígena con prácticas propias de campesinos sedentarios y atravesadas por las culturas agrícolas y alimentarias de los europeos. En este proceso no solamente inciden los criollos chilenos descendientes de españoles, sino también la potente colonia alemana que, con epicentro en Puerto Varas, Puerto Montt, Valdivia y Osorno, desde 1850 se va dispersando por toda la zona, y avanzando hacia los valles de los contrafuertes orientales de la cordillera.

Los estudios de José Bengoa (2000), en Chile, apuntan en el mismo sentido, señalando el intenso tráfico de los mapuches de un lado a otro de la cordillera. En el siglo XIX se intensificó una forma de comercio regional, donde los grupos mapuches ofrecían ciertos productos, y los pehuenches servían de guías y acompañantes de las caravanas; entre los productos comerciados desde Chile se encontraban lanzas, tejidos, chicha, etc., recibiendo a cambio caballos, sal, cerámicas, etc. Esos intercambios se basaban en una serie de permisos y acuerdos con los jefes de los grupos mapuches (loncos), y sobre sus redes de parentesco, y desde allí se extendían a los colonizadores europeos.

Carlos Wiederhold, socio fundador de la empresa La Chile-Argentina, de Llanquihue, estableció el primer comercio en lo que hoy es Bariloche, en 1895. El emprendimiento, que contaba con un muelle, puede entenderse como expectativa de incrementar el acopio de lana, cueros y madera para exportar a Chile, y crecimiento de una población medianamente establecida, con capacidad de compra (con dinero o por trueque), y con hábitos de consumo como para sostener el negocio.

8. Foyel habla de "españoles" refiriéndose, seguramente, a los argentinos. Esta forma se mantiene en algunas comunidades mapuches.

Apenas una década después de la llegada del general Villegas a la punta oriental del Nahuel Huapí, comienza a prefigurarse un proceso poblacional novedoso, cuya pervivencia podemos explicar por su capacidad de autosuficiencia, lograda por producción alimentaria propia y producción para el comercio con una salida fácil y eficiente.

Todas estas condiciones se cumplieron, en la medida en que este proceso fue parte de un área integrada con la contigua zona chilena: allí, para esos años, ya se habían consolidado las actividades agrícolas e industriales que se mantienen hasta hoy en día. Y desde la colonia era una importante productora de vinos, que se sostuvo hasta la década de 1870, cuando esa actividad declinó ante la fuerte competencia establecida por los viñedos y bodegas de los valles centrales.

## El ciclo de integración y autosustento

Tomado el área en un sentido amplio, desde 1890 en adelante podemos decir que se inicia un proceso de repoblación. En el estudio "Bariloche, historia y perspectiva" (Girardin, Gallo Mendoza, Zusman, 1997, pág. 57), los autores señalan que "La conquista del "desierto" dejó deshabitadas tierras antaño bien pobladas. La zona del Nahuel Huapí no sería excepción, como bien recordará Moreno con nostalgia y tal vez arrepentimiento..." donde antes estaban los toldos hay dos puestos de ovejas y una pulpería"... "el ancho valle del Collon Cura está hoy menos poblado que hace veinte años atrás, cuando las indiadas de Molfinqueupu tenían allí sus tolderías..." Citando a Curruhuinca Roux (1994) los autores señalan que "Neuquen pasó de tener 60.000 habitantes en 1879 a unos 5.000 después de la Conquista".

Desde 1890 en adelante la zona no sólo es recorrida por diversos exploradores y estudiosos, sino también por criollos chilenos, ex cautivos de los indígenas, y alemanes de las colonias que rodean al Llanquihue, todo ellos buscando nuevas tierras en las que asentarse. En torno del comercio de Wiederhold "... comenzó a poblarse de campesinos interesados en la cría y venta de vacunos en pie y de lana de oveja a Chile, de aventureros buscadores de oro y de incipientes empresarios que veían en la explotación de la madera una fuente de inagotable riqueza" (Lolich, 1993, pág. 8). Otro tanto ocurría en zonas cercanas, como el valle de El Manso. Allí, el primer almacén de ramos generales se estableció en 1901, en el punto de paso obligado hacia Cochamó, en el Pacífico. Procesos parecidos se registran en distintos lugares del área cordillerana.

Una actividad de fuerte desarrollo fue la de los molinos harineros: "...la actividad triguera de la zona llegó a ser una de las más importantes del país. Los molinos de Potthof en la península San Pedro y de Capraro en San Carlos de Bariloche producían harina para los productores de Colonia Suiza y Nahuel Huapí. Las aceñas de El Bolsón y del río Manso Inferior cubrían el resto. Los colonos llevaban el producto de su cosecha y pagaban al dueño del molino con parte de la harina producida. Comercializaban el excedente en las poblaciones vecinas, especialmente



en las de la estepa, carente de trigales” (Lolich, 1993, pag. 55) Esta floreciente producción permanece en la memoria de algunos viejos pobladores, que recuerdan los caballos cargueros llevando bolsas de harina hacia Llanada Grande, Segundo Corral o El León, en territorio chileno. Los trigales de Río Chico o Cholila abastecían en abundancia. Los escenarios de la reciente guerra entre población indígena y ejército se habían transformado, rápidamente, en prometedoras actividades agrícolas y ganaderas. Clemente Onelli se refiere con entusiasmo a la colonia Cushamen, cercana a Esquel, que visita a fines del siglo XIX, durante su trabajo en la Comisión de Límites, cuyas conclusiones sirvieron al laudo arbitral de 1902: “...iba llegando a los dominios de mi buen y gran amigo el cacique araucano Ñancuche Nahuelquir... al cual en el año anterior había conseguido que el gobierno entregara cincuenta leguas de campo para la fundación de una reducción indígena. Al llegar a la áspera bajada de la alta meseta que encierra el valle de Cushamen, vi poco a poco desarrollarse ante mi vista... amplias escenas de activa vida rural que habían transformado ya la virgen naturaleza de los años anteriores. Grandes cuadrados de rastrojo amarillento se destacaban desde lejos entre el verde de las praderas. Más allá, entre nubes de polvo, galopaba una yeguada rastrillando a la antigua manera... casitas blancas, de techo colorado de madera de alerce, daban la nota alegre de esa apacible fiesta del trabajo. Esos indios, tan sólo en un año, habían hecho prodigios de cultura y progreso... (Onelli, 1977, pág. 52-53)

Podrían citarse muchos otros elementos culturales que demuestran el grado de integración del área: el paso lacustre (hoy paso Pérez Rosales) que activaba en Puerto Blest un astillero de rearmado de embarcaciones – vaporcitos – provenientes de astilleros de la costa del Pacífico; el insólito ferrocarril con rieles de madera que unía Puerto Blest con el lago Frías; la arquitectura en madera que, según podemos constatar en las viejas casas de Bariloche, reproduce los estilos que hoy perviven, vigorosos, en las zonas rurales y aún urbanas de la Xª Región y en Chiloé; la expansión de las mitológicas de Chiloé, con plena vigencia en las creencias populares de la zona de El Bolsón y Lago Puelo; las comidas tradicionales, comunes entre la población campesina a ambos lados de la cordillera; finalmente, al norte de Neuquén, el fenómeno de las cantoras, que en Varvarco, Andacollo, Chos Malal, etc., expresan de este lado de los Andes las tradiciones musicales de Chiloé. Todos estos y otros hechos nos hablan de un intenso intercambio que trascendió lo económico y las respuestas a necesidades elementales de supervivencia.

A todo este desarrollo productivo muy pronto se sumaría la actividad que con el correr de los años se transformaría en eje económico de Bariloche y otros puntos de la región: el turismo. Hay antecedentes que remontan a 1902 la llegada de los primeros turistas. El grupo estaba constituido por apellidos propios de la oligarquía porteña: Lavallol, Lamarca, Anchorena; y durante muchos años ese fue el perfil social de los que, en forma predominante, usufructuaron de las bellezas del lugar.

## Crisis de la experiencia

El hoy denominado “Corredor de los Lagos”<sup>9</sup> fue parte de un área integrada con la IX y la X regiones chilenas y este proceso, a la vez, fue complementario y recíproco con un fuerte perfil de autogestión. Misioneros, poblaciones indígenas, criollos, colonos, en sucesivos momentos, fueron constituyendo un esquema que aunó la alta movilidad de los mapuches con el estilo colonizador a partir de 1890. En esa misma década también se instalaron en la zona algunos extranjeros provenientes de la costa del Atlántico, que se orientaron a la ganadería. J. Jones, por ejemplo, instaló su estancia en 1889; fue la primera con alambrado periférico.

Todos los datos y referencias coinciden en los componentes que sustentaban la experiencia: Autosuficiencia alimentaria y de materias primas como madera, lana, cueros. Comercio, prioritariamente con los demás puntos de la región integrada a ambos lados de la cordillera. El comercio de ganado fue un rubro importante, consolidado en la época en que los malones indígenas lo traían desde la provincia de Buenos Aires. Consumo a escala de la producción, que en etapa posterior se debilita, y comienza a ingresar otro tipo de oferta coherente con la aparición del turismo, sus demandas específicas y el consiguiente efecto demostrativo.

Las condiciones positivas que facilitaron este proceso fueron la unidad geográfica y el entrecruzamiento – aún con conflictos y contradicciones – de distintas vertientes étnicas y nacionales. Como en otras zonas pioneras, se reproducen los mecanismos de “digestor social”, como Jauretche definía a la aluvional sociedad rioplatense. Es claro que desde la perspectiva actual de la sustentabilidad, pueden ser criticados muchos de los criterios que se definían como válidos en ese entonces. La concepción de Moreno, por ejemplo, sobre la explotación forestal, o la de Bailey Willis sobre el endicamiento del Limay. Era la época en que primaba la creencia en el progreso sin límites, y la afirmación iluminista del dominio y uso de la naturaleza como prerrogativa humana indiscutible. Pero la disolución de la experiencia impide emitir un juicio al respecto, ya que no sabemos si en su misma evolución encontraría correctivos ( como pareciera demostrar la creación del primer parque nacional) o si, por el contrario, el destino sería el mismo de la provincia de Malleco, en Chile, que tuvo un formidable crecimiento como “granero de Chile”, desde 1860 en adelante, a costa de la deforestación y la siembra de trigo en frágiles laderas, que en medio siglo desembocó en fuertes procesos de erosión de suelos y agotamiento de sus posibilidades productivas.

Hacia finales de la primera década del siglo veinte comienza a evidenciarse que el proceso se debilita y finalmente colapsa. Pero las causas no son el uso irracional de los recursos que antes mencionamos, ni conflictos internos; los problemas se originan en una serie de factores externos, que los actores locales no pueden controlar. Entre ellos se mencionan como importantes el endurecimien-

9. Es una denominación reciente, impulsada sobre todo por los intereses turísticos.

to de las medidas aduaneras y migratorias, dispuestas por el gobierno argentino, a partir de 1911.

Estas dificultades tienen su punto culminante en 1920 con la instalación de la Aduana de Bariloche. Se hacen más rígidas las condiciones de tránsito, y las mercaderías ya no pueden fluir libremente. Esto desemboca en una crisis de gran magnitud en toda la región: de su condición de integradora dentro de una misma área con zonas rurales, ciudades y pueblos chilenos, la población andina se transforma en unos pocos villorios lejanos de la metrópoli porteña, aislados y a lo sumo pintorescos. Para comprar y vender ahora hay que dirigirse a las ciudades lejanas del norte. Todavía no llega el ferrocarril, por lo que la punta de rieles de Neuquén y la que avanza desde Viedma sólo son accesibles en carretas o automóviles, por malos caminos.

Como vimos, en algún ámbito oficial estaba la idea de crear la ciudad de Nahuel Huapí, con todas las implicancias y facilidades que habría significado para la zona. Esto ocurría entre 1902 y las expediciones de 1911/14 de Bailey Willis. Pero de esto nada parece quedar en 1920; tampoco hay alguna consideración con respecto a las necesidades de estas poblaciones, que de la noche a la mañana quedan aisladas, y que desde ese momento deben aprovisionarse pagando altos fletes, comisiones, intermediarios, etc.

La crisis alcanza a toda la región. Sin embargo las zonas más afectadas son las que se ubican más al sur: El Manso y El Bolsón. Por el contrario, Bariloche empieza a adquirir un nuevo perfil con la llegada del ferrocarril a Pilcaniyeu, en 1928, y a la misma ciudad en 1935. Esto significó facilidades en los viajes y abaratamiento de los fletes, y el inicio de un verdadero flujo turístico. Pero hacia el sur las condiciones empeoraron: no sólo se cortaba el intercambio con Chile, sino que además comenzaba a dependerse de una difícil conexión con Bariloche, realizada a través de una carretera en pésimo estado, que en esos años implicaba un tránsito de aventura por lo que hoy es la ruta nacional N° 40, y que era un poco más que la vieja vereda indígena sobre la que corría<sup>10</sup>. De este modo, de ser poblaciones con buenas perspectivas de autosuficiencia, El Manso y El Bolsón quedaron congelados en una situación francamente desfavorable. Puede decirse que ésta se revirtió recién hacia la década de 1990, cuando se inició la pavimentación de la ruta nacional 258, culminada en 1996.

El caso del valle de El Bolsón merece otras consideraciones, que nos revelan hasta qué punto la integración se vincula estrechamente al desarrollo. Ese valle y la zona contigua no sólo fueron afectados por la rigidez de las mencionadas normas aduaneras; además, por la ley de creación de los territorios de Río Negro y Chubut, de 1884, se fijó como límite arbitrario el paralelo 42° sur. Cuando se produjo la provincialización, entre 1951 y 1955, se mantuvo ese límite dibujado en un mapa, que en la realidad rompió el continuo del Valle Nuevo y el Hoyo de

10. Debe tenerse en cuenta que en esos años pululaban bandoleros armados en los bosques, que hacían muy peligrosos los viajes.

Epuyén, creándose cuatro administraciones municipales, dependientes de lejanas capitales provinciales: El Bolsón, subordinado a Viedma, en Río Negro, y El Maitén, Lago Puelo y El Hoyo, a Rawson, en Chubut. Se trata, en ambos casos, de ciudades administrativas, ubicadas en la costa atlántica y separadas de la cordillera por las extensas mesetas.

Como dice Cesar Vapnarsky "... esos límites habían sido trazados en un papel en blanco, un mapa que no abundaba ni siquiera en detalles del relieve, que apenas se conocían, y cuando la mayor parte de la población era indígena y se omitía en los censos... el paralelo 42, entre Río Negro y Chubut ... eran particularmente inadecuados... los paralelos y meridianos, como son líneas imaginarias, utilizadas como límites políticos y una vez pobladas las zonas que atraviesan constituyen una barrera sólo virtual, que la realidad social y económica no respeta..." (Vapnarsky, 1983, pag.49).

La franja andina de Neuquén tuvo su propio mecanismo especial en la desintegración provincial: el impacto del traslado de la capital del antiguo "territorio nacional" desde la ciudad de Chos Malal, en la cordillera norte, hacia el vértice oriental donde hoy se asienta. De este modo la zona andina no sólo quedó fracturada como componente del área de integración con Chile, sino que también quedó desarticulada de la propia capital del territorio. Como consecuencia, todos los esfuerzos de desarrollo se concentraron en la zona de irrigación de los ríos Limay y Neuquén, en tanto el área original de asentamiento registró una parálisis de crecimiento, que recién comenzó a revertirse en San Martín de los Andes con el auge turístico, hacia la década de 1970. El impacto de estos hechos fue el desequilibrio regional y el permanente éxodo poblacional hacia los barrios periféricos de la capital provincial.

Entre los factores que diluyeron la integración del área es preciso señalar una variable interviniente, que se ha mantenido a través de los años: las mutuas desconfianzas entre chilenos y argentinos, como consecuencia de los conflictos limítrofes y las acusaciones cruzadas de "expansionismo". En la visión chilena, este temor tuvo su fundamento en la expedición del mayor Rodhe -a las órdenes del Gral. Villegas- quien redescubre el paso de los Vuriloches y expediciona en la zona contigua (chilena) con la manifiesta intención de consolidar el "comercio interandino" pero bajo soberanía argentina: "...según mi opinión, fundada en estudios geográficos, el territorio argentino alcanza hasta la costa este de la ensenada de Reloncaví. (porque)...como frontera natural entre los dos países, no se puede tomar otra línea que la cordillera real, es decir aquella cadena que cuenta con el número más grande de picos elevados..." que, según él, se mostraba en dos picos elevados cerca del Reloncaví (citado por Girardin y otros, ob.cit. pag. 53-54). Por supuesto que diversos sectores chilenos reaccionaron airadamente. Por otra parte, los mismos autores citan las advertencias de Federico Cibilis, realizada en 1902, que considera que "... la colonización así como la ocupación militar de la zona son imprescindibles, ya que la tradicional política expansionista chilena está abogada... por múltiples observaciones litigantes del territorio, así como por situa-

ciones de hecho, tales como la existencia de más de 500 chilenos explotando recursos en la zona de Nahuel Huapí (donde hay tres caminos sin aduana ni policía) y que el control del comercio de la zona está totalmente en manos de alemanes - chilenos. Todo esto le hace considerar que se debe estar alerta por poder convertirse estos en vanguardia de una posible invasión militar. Por lo mismo considera que las colonias deben estar formadas por "trabajadores enérgicos y viriles que puedan cambiar el hacha o el arado por el mauser o el sable..." (Girardin y otros, ob. citada, pag. 56).

Si bien los distintos conflictos limítrofes entre Chile y Argentina se fueron resolviendo con el correr de los años, la impronta de la desconfianza se estableció con firmeza e incluso hasta el presente da lugar, por momentos, a cierto chauvinismo vigente a ambos lados de la cordillera. Lamentablemente, las políticas del estado no facilitan la desestructuración de la desconfianza y a veces incitan a la discriminación. En Bariloche más del 20% de la población es chilena, compuesta principalmente por migrantes por razones de empleo; muchas familias están radicadas hace décadas, tienen hijos argentinos; sin embargo, la ley de Seguridad de Fronteras les impide escribir sus terrenos y sus casas; de este modo, la actitud gubernamental refuerza esos sentimientos negativos y coloca a muchos argentinos de primera generación, hijos de familias chilenas, en una situación de pertenencia ambigua.

Finalmente, suele citarse a la quiebra de los molinos harineros como una de las causales de ruptura de la potencial sustentabilidad del área. Esto debe aceptarse en dos niveles: la pérdida de cierto estándar de autosuficiencia en la provisión de un insumo básico en la dieta nacional y local <sup>11</sup> y porque causa la crisis de la producción local de trigo, que decae en forma definitiva. Después de 1930 la provisión de harina de trigo depende de Bahía Blanca o Buenos Aires. En la leyenda regional se cita como causa de la crisis molinera a la acción de Bunge y Born y a resoluciones que demostrarían la baja calidad de la producción local y por lo tanto la prohibían. Es probable que haya habido presiones en ese sentido, pero las verdaderas razones deben buscarse en el poder de los intermediarios que, ayudados por las nuevas facilidades de transporte ferroviario, se afianzaron en un rubro estratégico de negocios.

En 1935 llega a Bariloche el ferrocarril y a partir de ese momento se facilitan los nexos de la región con Viedma, Bahía Blanca y Buenos Aires. Son muchos kilómetros de distancia, pero la mayor facilidad de transporte invierte la perspectiva vigente hasta poco tiempo atrás: ahora es más difícil o incómodo viajar a Osorno o Valdivia que a las ciudades atlánticas. El área integrada a ambos lados de los Andes ya es recuerdo. La cordillera deja de ser un espacio de contacto y se levanta como una muralla que convierte a lo que era cercano, en lejano.

11. Para los mapuche residentes en el área, antes de la Conquista del desierto, también era un insumo básico. Se alimentaban con la harina tostada (el ñaco) que los campesinos de la zona consumen también hoy.

Se recicla el mecanismo de interpretar la geografía desde una construcción ideológica: así como se llamó "desierto" a lo que no lo era, ahora se identifica como lejana a la región chilena contigua, porque se considera que la barrera cordillerana dificulta el acceso. Y nada más erróneo, en este caso; los pasos de los Andes Patagónicos (los "boquetes", como se los llamaba en aquellas épocas), son escenarios amables, salvo en inviernos excepcionalmente duros. Por lo demás, cualquiera que los haya atravesado sabe de los hermosos bosques y de la selva valdiviana, de lagunas y cascadas, y siempre transitando a bajas alturas. En alguno de ellos (paso Puelo, por ejemplo), el límite con Chile no supera los doscientos metros sobre el nivel del mar, y jamás la nieve es un impedimento. Aún en los de mayor altura, como Puyehue, son escasos los días del año en que se registra acumulación nívea. Aún hoy encontramos familias viejos pobladores, instalados a principios del siglo XX o aún antes, que habitan en esos parajes en plena montaña. En Neuquén algunas comunidades indígenas viven casi en el mismo límite (Chiuquihuin, Ruca Choroy). Las únicas murallas verdaderas son las que se levantaron a partir de 1920, al promulgarse las rígidas normas aduaneras y migratorias. Se trabajó así en la biorregión cualquier posibilidad de funcionamiento integrado en lo cultural, social y económico.

## Las causas de fondo

Las medidas políticas y administrativas que hemos descrito, fueron el instrumento que desestructuró la integración del área que abarcaba el ahora denominado "Corredor de los Lagos" y las regiones IX y X de Chile.

Sin embargo, la implantación de rígidos límites entre ambas naciones no alcanza para explicar porqué esta misma desestructuración se reproduce hacia el interior de la zona argentina afectada. El proyecto enunciado por Bailey Willis hablaba de una región andina integrada en sí misma, autosuficiente e industrial, cruzada por ferrocarriles que la unían al Atlántico, al Pacífico, a las provincias del Norte y a la lejana Santa Cruz; su plan no mencionaba a Chile, salvo en la utilización de sus puertos. Nada de eso fue posible: los Andes se levantaron como muralla, pero a la vez el "desierto" cuya conquista había justificado la invasión militar adquirió entonces dimensión de espacio infinito y despoblado. Bariloche y los otros puntos habitados de la zona quedaron por años fijados en un destino: ser aldeas pintorescas, territorios de aventuras. Y el "desierto" que las circunda como un mar se pobló, pero no de gente, sino de ovejas.

A partir de esa etapa, la bioregión andina y la de la meseta extra-andina conformaron una sociedad y una economía funcionales al modelo emergente: venta de naturaleza (mediante el turismo), producción y exportación de lana de oveja. Estos procesos no fueron simultáneos, puesto que el ciclo de apogeo de la producción lanera ya terminó, y el del negocio turístico tiene otra fluctuación, que a su vez refleja las variaciones del poder social en la Argentina.

La producción lanera y el turismo como actividades dominantes, respecti-

vamente, en la meseta extra andina y en la zona andina, se consolidaron como monoproducciones, dejando muy pocos resquicios al surgimiento de otras propuestas económicas. En ambos casos, se trata del resultado de la aplicación del modelo de país y de sociedad diseñado en las postrimerías del siglo XIX. En las escalas locales se reproducen no sólo por las determinaciones de la macroeconomía, sino porque dan lugar al surgimiento de segmentos sociales dominantes que se cristalizan en esas únicas opciones, aún a costa de soportar crisis periódicas o definitivas.

La actividad lanera en la Patagonia, en lo que se conoce como el ciclo de la lana, se inició en 1884, y en gran medida fue resultado del denominado «proceso de desmerinización» de los campos de la provincia de Buenos Aires, que implicó el traslado de millones de cabezas de ganado ovino a los territorios conquistados por las tropas. Desde los comienzos de esta explotación prevalecieron - en la estructura de tenencia de la tierra - las grandes estancias, de miles de hectáreas de superficie, que ocuparon los sitios privilegiados de la meseta, la precordillera y en algunos casos de las estribaciones andinas. Estos sitios privilegiados, en gran parte, tienen su epicentro en los antiguos paraderos indígenas, con agua y protección; no es casual que las estancias que pertenecieron a la Southland Company estén ubicadas en el rumbo de las “veredas indígenas” que de sur a norte y de este a oeste atravesaban el territorio patagónico: “...las cuencas hidrográficas se convirtieron... en los únicos lugares de residencia de los indígenas... estas antiguas rutas eran las sendas por las que circula la vida... era imprescindible contar con asesoramiento indígena para encontrar esas sendas...”. (Rey Balmaceda 1976, pag. 59)

La estancia surgió como un modelo de explotación capitalista, con trabajo asalariado, moderna tecnología y orientado al mercado exterior; pero también con un elevado sobrepastoreo, que determinó el empobrecimiento de suelos y desertización que hoy sufre la estepa patagónica. Al costado de esas grandes estancias se afincó el sector campesino, de pequeños productores familiares, en tierras que por calidad y superficie apenas les dieron para subsistir. En ambos casos, la especialización en producción de lana tuvo un fuerte impacto ambiental, que se sigue agravando. Muchos técnicos tienden a culpabilizar a este pequeño productor, pero los registros históricos demuestran que ese fue el perfil de todas las explotaciones. Onelli da esa versión ya a principios de siglo: “...descendí al valle de El Maitén, asiento el más occidental de una suite de estancias que la compañía inglesa de tierras del Sur posee en los valles de la cordillera, y avanza hasta el centro del desierto en los magníficos oasis llamados Fofó-Cahuello y Maquinchau. Forman un bonito estado de más de ciento cincuenta leguas cuadradas, sabiamente ubicadas sobre el itinerario del explorador inglés Muster... y cuya ubicación fue reservada hasta el momento propicio, cuando el gobierno, en los años 88 al 90, despachaba concesiones a la marchanta... el tan mentado empuje anglosajón para roturar las tierras, mejorar las razas, y explotar de manera proficua las industrias agrícola-ganaderas, no se ha manifestado aquí. En esas estancias se explotan los campos a la usanza indígena, agotando antes una dada extensión, y llevando

después los animales a otro punto...” (Onelli, 1977, pág.53). Estas observaciones, tal vez un poco exageradas, fueron formuladas en la edición de “Trepando los Andes”, en 1904, y anuncian el deterioro ambiental que Bailey Willis comprueba ya en 1911.

La producción lanera es, probablemente, la demostración más clara de la dependencia nacional con respecto al modelo de Cobden. Es la adaptación de tierras y personas a los intereses del capitalismo emergente en Europa, cuya máxima expresión era la agricultura y la industria británicas en el siglo XIX. Como tempranamente lo analizaba Ricardo Ortiz en su “Historia económica de la Argentina”, en 1815 el consumo de lana de la emergente industria inglesa era de “diez millones de libras”... en 1800, el consumo mundial (incluida Inglaterra) tan sólo “era de 2 millones de libras...”. Este formidable aumento se reprodujo en forma exponencial, por lo que (condujo) “... a eliminar de las majadas inglesas los tipos productores de lana y a cambiarlos por los productores de carne. A principios del siglo XIX Gran Bretaña comenzó pues a practicar la política... de afianzar en su territorio la producción de carne, dejando a las regiones más alejadas del mundo la tarea de producir lana...” (Ortiz, 1955, tomo I, pag. 53).

La cría de ovinos se desarrolló primero en el litoral y la región bonaerense, y comenzó a desplazarse hacia la Patagonia recién cuando se valorizó el vacuno, destinado a la producción de carne para exportación, facilitada por la tecnología del frío. Comenzó entonces a reproducirse hacia el interior argentino el proceso que Ortiz señala para Inglaterra: lana en regiones alejadas, carne en las zonas fértiles y más cercanas al puerto. Para insertar a la Patagonia en ese proceso era imprescindible destruir el poder de los grupos indígenas, desalojándolos de las tierras que ocupaban y reasignando el territorio a la explotación ovina en gran escala.

Hacia 1875, cuando este proceso empieza a consolidarse, la frontera entre indígenas y blancos estaba a poco más de 300 kilómetros de Buenos Aires. Entre ese año y 1880 se desata el drama final, con la gran derrota que Namuncurá sufre en San Carlos, y el rápido desmoronamiento de la confederación de Salinas Grandes. El Gral. Roca diseña el plan que en seis años permitirá llegar al Ejército hasta el Nahuel Huapí, en una campaña que se hacía en nombre de la civilización y el progreso, pero que tenía otros objetivos: la presidencia para Roca y la “conquista de quince mil leguas” para los latifundistas: “El proyecto formulado por el estado, la expansión territorial fue acompañada por un marco legal que contemplaba la distribución de la tierra y su puesta en producción en los nuevos territorios recientemente incorporados. A tal efecto se diseñó una legislación específica, por demás compleja, que fue variando según distintas circunstancias... el resultado de la aplicación de estas leyes, según Jacinto Oddone, fue que entre 1876 y 1903 unas pocas personas se favorecieron con 7.601.680 hectáreas en Río Negro, y 4.450.035 has. en Chubut, de un territorio calculado por el autor nombrado de 19.980.000 y 22.440.000, respectivamente. En no pocos casos la aplicación de estas leyes posibilitó la concentración de tierras en manos de escasas personas, dando lugar a manejos

especulativos. En virtud de la legislación vigente, en 1889, se produjo la concesión de tierras a personas ligadas a capitales británicos que integraron la Compañía de Tierras ...esta compañía ocupó campos del área andina y se introdujo a manera de cuña por las tierras más fértiles ubicadas en el centro de la meseta nordpatagónica....Los más afectados fueron quienes poseían escasos recursos económicos, como los pioneros blancos...También los antiguos dueños de la tierra se vieron afectados, sintetizando el pensamiento de J. Ripa: contra los remington opusieron 'su coraje y sus lanzas', contra los papeles 'estaban vencidos desde el primer renglón". (Mäser, 1998, pág. 108-109).<sup>12</sup>

En la meseta rionegrina, tomando el período que culmina en la gran crisis de 1930, el crecimiento de las majadas se registra entre 1895 (un millón de cabezas) y 1908, cuando se llega al pico de 4,7 millones de cabezas, descendiendo hacia 1930 a 2,7 millones. En Chubut y Santa Cruz, por el contrario, el crecimiento es sostenido hasta esa fecha. En 1895, prácticamente no disponían de ovinos; pero en 1930 las existencias alcanzaban a 5,9 y 6,9 millones de animales. (Ortiz, 1955, tomo II, pág. 63).

El predominio de la producción lanera fue funcional a las condiciones naturales de la Patagonia; pero esta determinación natural también significó una cría de baja densidad, basada en forma casi exclusiva en las pobres pasturas naturales, con un alto costo ambiental. El efecto demográfico fue la alta diseminación poblacional, producto de nucleamientos humanos escasos y dispersos, constituidos en torno a las estaciones de ferrocarril, escuelas, o aguadas, que hasta la actualidad tuvieron muy poco crecimiento.

En la zona andina se dio otra especialización económica, basada en una comercialización muy especial: el turismo. Como vimos, el primer grupo de turistas apareció tempranamente, y prefiguraba el perfil social de quienes usufructuarían inicialmente los paisajes cordilleranos: los sectores adinerados, en especial de Buenos Aires. Estos perfiles fueron variando, y son verdaderas representaciones de los vaivenes del poder social en la Argentina.

La primera etapa corresponde a la oligarquía, que encuentra en los lagos del sur un remedo de Suiza; al estallar la guerra en 1914, las dificultades y peligros

12. En verdad estos pueblos indígenas experimentaban con retraso de algunas décadas la operación legal que, poco a poco, restringía los derechos de la población mapuche ubicada en sus tierras ancestrales, en Chile. Tempranamente, en 1813, se plantea la cuestión de las tierras que originalmente pertenecían a los mapuches, y el gobierno ordena la creación de "villas para indígenas".

Desde ese año comienzan a dictarse leyes que tanto convalidan los derechos indígenas como abren la posibilidad de que otros ocupantes los desplacen. Una ley clave es la de 1866, destinada a la sedentarización y pacificación definitiva del pueblo mapuche "que establece la fundación de poblaciones en territorio indígena y dictamina las normas de enajenación de las propiedades. Estas son vitales en el proceso de expropiación y despojo, ya que plantea que los contratos translaticios de dominios sobre terreno indígena, sólo tienen valor si el que enajena tiene título de propiedad escrito y registrado, documentación que lógicamente los indígenas no tenían. En 1874 una nueva ley prohíbe a los particulares la adquisición de terrenos indígenas

de trasladarse a Europa incentiva los primeros flujos turísticos hacia el sur, aunque en esos años las dificultades para llegar eran importantes. Hacia 1915, se viajaba por ferrocarril a la ciudad de Neuquén, y desde allí se partía en los automóviles de la Gobernación (era un servicio de línea) que cubrían en dos días los 480 kilómetros que separaban a aquella ciudad de San Carlos de Bariloche<sup>13</sup>.

En 1935 llegó el ferrocarril a Bariloche, intensificándose el turismo de alto nivel adquisitivo; en la década de 1950, la emergente burguesía nacional se acopló a este movimiento, aprovechando también los servicios aéreos comerciales, que facilitaban el extenso viaje. La zona también registró el impacto del turismo social, establecido durante los primeros gobiernos de Perón; se multiplicaron los hoteles sindicales, y en la década del 60, con la pavimentación de la ruta que, vía Neuquén, une a la zona con Buenos Aires y el norte del país, la región se transformó en una gran receptora de contingentes de diversos sectores sociales, rompiéndose así la anterior condición de exclusividad.

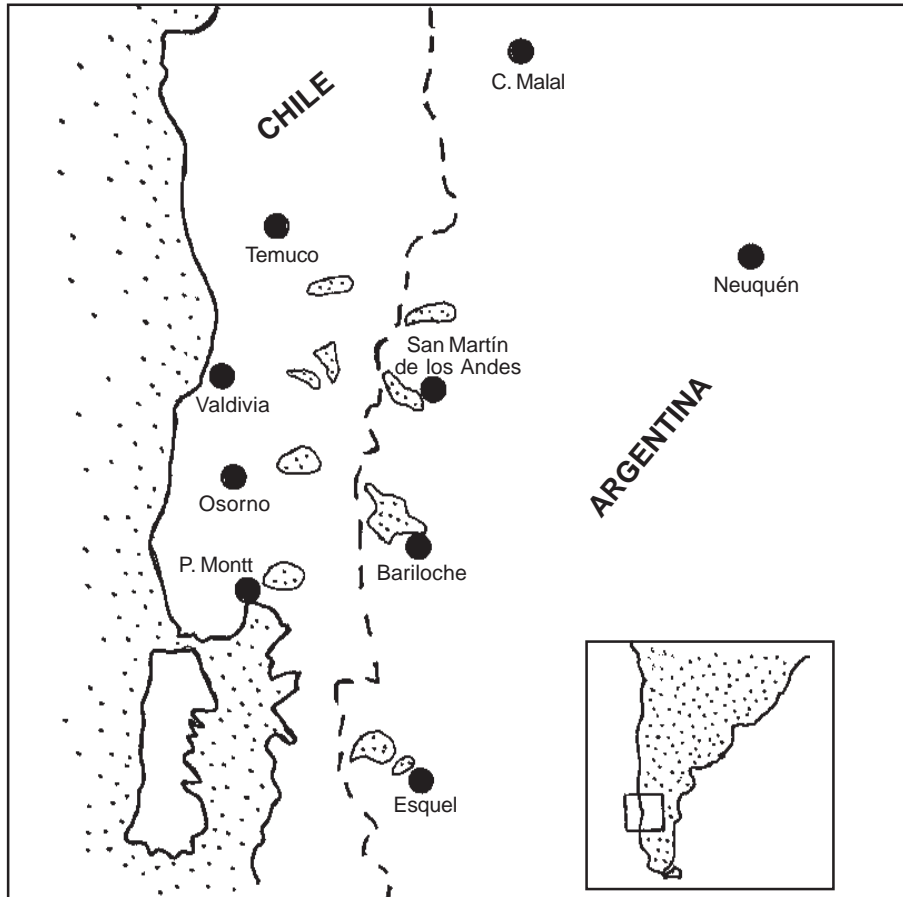
La visión pionera de una población sostenida en una razonable complementación entre actividades agropecuarias, industriales y turísticas, fue suplantada por el turismo y las actividades conexas. Para 1995, se calculaba que el turismo implicaba una influencia directa en la economía de Bariloche de 12,3%, y la influencia indirecta era del 44,1%, sumando entre ambas 56,4% (Girardin y otros, 1997, pág. 116). Si bien el rubro "influencias indirectas" se compone de actividades como la construcción o las industrias de elaboración (dulces, chocolates), las mismas son subsidiarias y dependientes del turismo, a la vez sujeto año tras año a las variaciones económicas incontrolables desde la zona: tipo de cambio, competencia de otros destinos, niveles de ingresos de los turistas nacionales, variaciones de los flujos internacionales, clima. Esta incertidumbre se maximiza porque con el correr de los años los grandes operadores turísticos no son de la región, sino que se trata de empresas de Buenos Aires o internacionales, cuya base de acción es el "dólar redondo". De este modo, el turismo en alta proporción no sólo exporta el consumo de paisajes, sino también las ganancias que arroja. Los empresarios regionales sólo participan de beneficios secundarios; esto no impide que se siga mitificando

entre el río Malleco y el límite norte de la provincia de Valdivia, pero esta ley deja un resquicio ya que la prohibición no afecta a los fundos que estuviesen inscritos ya en forma legal" (Muñoz, 1999, pág. 11).

La evolución de los derechos indígenas chilenos relativos a sus tierras tuvo resoluciones parciales y el conflicto aún persiste, sobre todo con las empresas forestales y cuando grandes obras se construyen en esos lugares. Sin embargo, más allá de las imperfecciones e iniquidades que paulatinamente fueron limitando esos derechos es necesario señalar las diferencias de políticas de los sucesivos gobiernos chilenos, con respecto a los argentinos: Chile registró la situación de las poblaciones originarias casi desde el momento mismo de la Independencia, buscando soluciones legales.

13. La ruta que antiguamente unía Neuquén con Bariloche era la actual ruta provincial 67, que hoy en día tiene escasa circulación de vehículos. En ese trayecto prácticamente no hubo desarrollo de población ni crecimiento económico.

Figura 1. Región de la frontera andino-patagónica de Argentina y Chile.



al negocio turístico, bloqueando la imaginación y los recursos con los que se podría iniciar un proceso de diversificación.

En toda la región andina, pero especialmente en Bariloche, este proceso devino en una fuerte tercerización, con fuerte incidencia del empleo público. La actividad científica - tecnológica que se promueve como una alternativa también depende en buena medida de organismos públicos.

De este modo, la economía local y regional ha quedado atrapada en los vaivenes de la macroeconomía por un lado, y los planes de ajuste estructural, por otro; el resultado es que en un escenario rico de posibilidades una quinta parte de la población es indigente (alrededor de 20.000 personas), situación que se agudizará en la medida en que todos los esfuerzos estatales y privados giren en torno a la predominancia de la actividad turística.

La especialización en la monoproducción turística tuvo otras consecuencias: la fuerte degradación ambiental. Si bien desde antiguo hay registros de talas indiscriminadas, incendios de bosque, depredación del monte por el ganado y sobrepastoreo en la zona de transición entre la cordillera y la meseta, también se observa que había capacidad de resiliencia: esos mismos daños tenían remediación natural, al ser menor la densidad poblacional. Al expandirse el turismo aumentó la cantidad de habitantes al servicio del mismo, se multiplicaron las construcciones, loteos, parquizaciones en ambientes naturales, vertido de efluentes, acumulación de residuos, etc., y el deterioro ambiental comenzó a hacerse agudo e irreversible. La expansión urbana hacia el oeste, tocando zonas del bosque que deberían ser, si no intangibles, al menos con severas regulaciones de uso, multiplica estos daños y hacen imprevisible la sostenibilidad futura. En los diversos centros turísticos de la zona pueden encontrarse estos efectos, en mayor o menor medida.

Un ejemplo de esta irracionalidad en la ocupación de la tierra es el valle de El Bolsón, donde la planta urbana se instaló en la parte más fértil del mismo, que podría haber sido la principal zona de cultivos que aseguraran el sostenimiento alimentario de los habitantes, en lugar de importarlos desde el valle del río Negro o Mendoza.

Un daño ambiental importante, vinculado al grado de empobrecimiento que sufren estas poblaciones, es la explotación furtiva de leña, especies maderables, y helechos. Las consecuencias son la pérdida de biodiversidad y la erosión de suelos, que conlleva la pérdida en la captación del agua hacia las napas subterráneas. Sin embargo, debemos ser muy cuidadosos en el abordaje de esta cuestión: no se trata de culpabilizar ni tampoco "comprender" que los pobres causan depredación ambiental por razones de supervivencia, sino de establecer que los pobres de la región andina, como los de cualquier lugar del planeta, son los que sufren las consecuencias del uso y aprovechamiento irracional de los recursos, como consecuencia del modelo capitalista de explotación de los mismos... "la crisis ecológica puede ser entendida como una 'nueva' (en el sentido de recientemente objetivada como tal) dimensión de la problemática de desigualdad estructural que genera la lógica y dinámica de las sociedades capitalistas contemporáneas, en la medida en que no sólo viene a poner de manifiesto el carácter predatorio, no generalizable ni sostenible de los estilos de vida y de los patrones de consumo de las poblaciones y sectores sociales privilegiados, sino que también permite echar luz sobre el desigual acceso al uso y disfrute de los recursos y servicios de la naturaleza entre las poblaciones de los diferentes países y grupos sociales" (Chiarulli y otros, 2001, pág. 18).

Las aguas también resultan contaminadas como consecuencia del crecimiento no planificado; esta contaminación se ve agravada en la actualidad por una planta de tratamiento de aguas servidas que fue mal construida. Finalmente, esa falta de planificación fue la causa de instalación de un reactor nuclear a pocos kilómetros del centro de Bariloche, operado por la Comisión de Energía Atómica; si bien el discurso de los técnicos nuclearistas garantiza la seguridad, lo menos que puede opinarse es que, en una ciudad rodeada por una extensa meseta deshabitada,

estas instalaciones deberían haberse ubicado en esos lugares (no discutiremos en este artículo la cuestión de la energía nuclear).

## La fragmentación regional y la construcción de fronteras

Este caso que analizamos está estrechamente vinculado a la historia argentina, de sucesivos procesos de fragmentación de regiones. La conquista española desquició la región incaica, centralizada en Cuzco, y que alcanzaba hasta las actuales provincias del norte. Los incas habían construido uno de los sistemas sustentables más exitosos de la historia, basado en el ayllu, que implicaba la utilización de múltiples pisos ecológicos complementarios. Luego, la colonia implicó un nuevo sistema que dio lugar al surgimiento de regiones integradas y con alto grado de autosuficiencia, con su producción de alimentos e industrias artesanales; a su tiempo, estas regiones autónomas fueron desarticuladas por la competencia de la manufactura inglesa, y la consolidación de un sector dominante, que definió un modelo de país cuya geografía se diseñó como un embudo, convergente en Buenos Aires.

La experiencia de regionalismo autónomo que analizamos en este trabajo se desarrolla cuando ese modelo está consolidado, y el concepto de integración que se impone desde el sector hegemónico tiene que ver con los ya detallados intereses extractivistas-agroexportadores; es una integración nacional que se basa en la desintegración de cualquier regionalismo con rasgos de autonomía. Sin embargo, como en todo acto de economía política, es necesaria la presencia de actores locales para que un determinado modelo externo se imponga. En este punto es clave tanto la debilidad estructural de esos actores locales como la ideología que sustentan. Y ese fue uno de los ejes de la fragmentación de la región andina del norte de la Patagonia: en las primeras décadas del siglo XX era demasiado fuerte la imagen del progreso y la prosperidad que irradiaban las clases dominantes, como para desestimarla desde un lejano rincón del territorio nacional. El objetivo era claro: "ser parte". Y ese querer "ser parte" se tradujo en esfuerzos individuales de cada localidad, que devino en una fragmentación aún no superada, y que como pequeño ejemplo podría constituirse en lección para quienes creen que pueden negociar aisladamente con los procesos globalizadores.

A la vez, la fractura de este proceso regional se vio reforzada por la puesta en vigencia rígida de los límites políticos entre Argentina y Chile. Estos límites, como muchos otros en América Latina, no tienen que ver con la geografía, los ecosistemas o las tradiciones de su población; por el contrario, son el producto de los mismos intereses que fragmentaron a las colonias españolas al producirse la independencia. En Argentina esos intereses, para decirlo de forma paradójica, se manifestaron como un *no-interés*, o al menos como un interés reducido a los negocios de época, y que después se prolongaron en el tiempo a partir del surgimiento de las místicas nacionales.

Para la "generación del '80" la frontera tenía que ver con la ampliación pro-

ductiva destinada a la exportación, por lo que los límites territoriales significaban tan sólo la señal de contención a las aspiraciones expansivas de los países vecinos. Por eso, poco importó a los sucesivos gobiernos la fragmentación del área que estudiamos, la caída de población en el Neuquén, y el retroceso en las actividades productivas y comerciales autónomas; fue suficiente resguardo ante este peligro poner en marcha la aduana y el control de migraciones, independientemente de las consecuencias locales de estas medidas.

En ningún momento imaginaron la posibilidad de aprovechar el movimiento histórico que, a través de los años, había definido a la cordillera como un área de contacto entre los pobladores de ambas laderas; se prefirió una geografía despoblada, sin masa crítica capaz de generar actividad económica o despegues sociales. El símbolo de esta política fue la fijación de una amplia "zona de seguridad" paralela a los Andes, que por años impuso un filtro de sospechas a quienes se radicaron en la zona.

En términos de las ciudades y pueblos del lado argentino, esto significó un retraso de desarrollo local, al contrario de lo ocurrido en Chile, que en ningún momento detuvo su política de ocupación del territorio. De este modo surgieron las importantes ciudades de la IX y X región, una potente actividad rural rápidamente convertida en agroindustria, importantes aprovechamientos turísticos, y buena infraestructura.

Esta experiencia muestra hasta qué punto es imperioso revisar a fondo el concepto de fronteras, sobre todo en los nuevos procesos de integración regional. No se puede limitar esta integración a los acuerdos arancelarios, sino que debe irse a fondo en la cuestión: si admitimos que la Internet ha roto con su virtualidad los límites nacionales, también tendremos que imaginar nuevas formas de contacto humano real, en aquellas zonas en que convergen y cohabitan costumbres, hábitos e idiomas. Esto va más allá de "tolerar" lo informal por ser real; se trata de comprender que la frontera es un espacio de convivencia efectivo, y que en definitiva es ese proceso el que se fija a sí mismo los "límites".

## El antes y el ahora

Definiendo las condiciones que permitirían un proceso de desarrollo sustentable a escala regional para el Cono Sur, se han indicado puntos como la desvinculación selectiva frente a la globalización, regionalismo autónomo, bioregiones, complementariedad ecológica y productiva, construcción social de la integración. (Gudynas, 2000, pág. 2). Aunque esa propuesta se refiere a una escala macro, que abarca todo el cono sur de Sudamérica, esos componentes pueden servir como guía de análisis de caso que tratamos en esta nota.

*Desvinculación selectiva frente a la globalización:* obviamente, en los finales del siglo XIX y principios del XX el concepto globalización no existía tal como es entendido en la actualidad. Sin embargo, el proceso de internacionalización del

capitalismo ya era vigoroso; en sí mismo, inherente e inescindible del crecimiento del sistema. Inglaterra, el país capitalista más desarrollado de la época, no podía separar ese mismo desarrollo de su estrategia de internacionalización, cuyo eje es la relación centro-periferia. El “centro” compra materias primas a la periferia, los países periféricos compran productos industriales. En las sociedades en las que se consolida una clase dominante con vocación hegemónica y de autonomía, este mecanismo no tiene éxito. El caso más evidente es el de Estados Unidos, que protege la producción nacional mediante aranceles y diseña infraestructura y mecanismos de fomento que le permitirán crecer y al final transformarse en el país capitalista más avanzado. En el polo opuesto está Argentina, con una clase dominante históricamente dependiente, que diseña un país totalmente funcional al modelo de internacionalización requerido por el capitalismo central. Esta política es la que desestructura la potencial consolidación de la experiencia que analizamos.

*Regionalismo autónomo:* el área en que se desarrolla esta experiencia mantiene su autonomía en la medida en que el poder central de Buenos Aires no puede absorberla y asimilarla. El proceso de absorción comienza en realidad con verdadero avance de “la frontera”, que no es la invasión militar sino la concreción de la entrega a latifundistas de las vastas mesetas, que se dedicarán a la producción de lana. Articulada con la instalación de la Aduana, la transferencia de tierras implica que no sólo se rompe el sistema de intercambio con Chile, sino que se impide (hasta el presente) el poblamiento de la Patagonia extra andina, y la consecuente emergencia de un escenario que articule y complemente ambas bioregiones. Las poblaciones patagónicas pasaron a depender del aprovisionamiento de las zonas productoras del norte, lo cual no sólo encareció las mercaderías sino que también determinó una alta vulnerabilidad que subsiste hasta el día de hoy.

A la vez, el comercio y la política establecieron sistemas bilaterales de relación con los poderes económicos metropolitanos e incluso internacionales; cada centro local de poder negocia o reclama por sí solo, sin medir la posibilidad de una estrategia de región. Esto se agudizó con la provincialización de los antiguos territorios. Las autonomías provinciales causaron en la Patagonia la disgregación de estrategias de desarrollo<sup>14</sup>. Ejemplos palpables de esta situación son los acuerdos recientes que el gobierno de Neuquén estableció con la petrolera Repsol, comprometiendo reservas petrolíferas y de gas natural por muchos años a cambio de beneficios muy relativos y discutibles, en lugar de formar emblocamientos con Río Negro, que también produce petróleo; o la negociación de las regalías por exportación de hidroelectricidad, de la cual la región es una gran productora.

14. Las autonomías provinciales fueron la gran reivindicación federalista del siglo XIX. Los antiguos territorios nacionales, que estaban más allá de las fronteras de las “provincias históricas”, fueron provincializados a partir de 1950 con los mismos parámetros que aquellas, sin considerar las grandes diferencias existentes entre uno y otro proceso. La consecuencia es que las provincias de la Patagonia son débiles ante el poder central y ponen fuerza en la competencia entre ellas.

*Bioregiones y complementariedad ecológica:* la experiencia que estudiamos prefiguraba un interesante nivel de complementariedad. Bailey Willis lo advirtió y también otros autores que citamos, como Olascoaga y Onelli. Ellos veían lo que se producía en los nichos cordilleranos y la potencialidad de la meseta, no en términos de rígidas especializaciones sino con un criterio de diversificación y complementación. Pero la imposición de la producción de lana desvirtuó esas posibilidades. El éxito que tuvo en el período inicial impidió considerar la vulnerabilidad ambiental de la meseta, y en pocos años comenzó a producirse la degradación que se multiplica hasta la actualidad. Tampoco se tomó en cuenta la inestabilidad de los mercados internacionales a los que se vendía la lana, y el peligro de depender de esa variable. Así se llegó a la situación actual de empobrecimiento y abandono de campos.

*Construcción social de la integración:* probablemente éste fue el punto crítico de la experiencia. En primer lugar por los perfiles de los actores que componían el cuadro social conjugando la población indígena, colonos de origen europeo, criollos chilenos. En la fase final comenzó una colonización proveniente de Buenos Aires y otros lugares de la Argentina, con los primeros funcionarios nacionales, soldados desenganchados, y hasta ex cow-boys como Cassidy, Jones y Sheffield, que pusieron la cuota pintoresca de la zona. Esta población pionera gestó espontáneamente la experiencia, y justamente esta espontaneidad es lo que demuestra que el proceso de integración y autosostenimiento era necesario, posible y daba respuesta a intereses y demandas. Y en esa espontaneidad es donde encontramos también su debilidad. Sin un plan y un tratamiento específico, difícilmente podían superar los fuertes conflictos culturales y sociales emergentes, con una historia reciente y una situación contemporánea por las cuales uno de esos actores – la población indígena – era devalorizada por un lado y calificada por otro como “invasora” de unas tierras que gobiernos (chileno y argentino) y colonos consideraban que les correspondía por derecho del vencedor. En esas condiciones, y ante un bloque de poder opuesto a cualquier formación social y económica que se desviara del modelo cuya hegemonía trataba de imponer, difícilmente se pudieran establecer estrategias que sostuvieran la experiencia.

Esta imposibilidad de una construcción social de la integración no sólo se mantiene hasta la actualidad, sino que se ha potenciado. En la zona andina, los intereses y la presión de la monactividad turística no sólo desalientan la emergencia de otras formas de producción o comercio, sino que además fragmentan la región, por competencia entre los diversos centros y pueblos. En la meseta extra-andina, a pesar de ser suficientemente comprobable los negativos resultados de la monoproducción ovina-lanera, no hay proyectos serios de gobiernos provinciales o entes técnicos nacionales en el sentido de impulsar la diversificación. Si bien hay un discurso en ese sentido, en la práctica concreta se sigue emparchando la grave situación económica, social y ambiental con medidas desarticuladas y sin un plan coherente.

A varias décadas de ocurrido y frustrado este proceso, podemos resumir algunas conclusiones. La principal indicación que nos deja se refiere, precisa-



mente, a que cualquier planteo de regionalismo autónomo y sostenible requiere una escala suficiente como para establecer diálogos con la globalización. Es imprescindible que crezca una fuerte identidad propia; esa identidad sólo puede consolidarse a partir de una adecuada integración social, que permita encontrar núcleos comunes referidos a la equidad social y al uso de los recursos y el ambiente.

La integración por regiones debería ser una de las apuestas fuertes que permitirían dar vueltas los aspectos negativos de la globalización; pero como vimos en este ejemplo, una integración regional sin una integración social difícilmente puede sostenerse ante la presión de los modelos hegemónicos, que atienden los intereses globales o internacionalizados como variable determinante.

Esto implica que toda consideración de sostenibilidad ambiental o de intereses económicos regionales depende de estrategias colectivas en el plano social, cultural y político, capaces de expresarse en forma homogénea pero a la vez como resultado de la diversidad. Y esto requiere superar el pragmatismo post moderno y neoliberal, y asignar un fuerte papel a la práctica teórica, que consolide las bases de conocimiento de la realidad regional, y sea un insumo esencial de la planificación.

## Bibliografía

- Bengoa, José. 2000. Historia del pueblo Mapuche. Siglo XIX y XX. LOM Ediciones, Santiago.
- Chiarulli, Carlos, y otros. 2001. Reflexiones sobre desarrollo sustentable. Documento de trabajo. Santa Fé.
- Ford, A. 1987. Desde la orilla de la ciencia. Puntosur, Buenos Aires.
- Girardin, Gallo Mendoza, Zusman. 1999. Bariloche, historia y perspectiva. Documento, Fundación Bariloche. Bariloche.
- Gudynas, E. 2000. Regionalismo autónomo en el Cono Sur. Sur Sustentable 2025, Reportes de Avance, CLAES. Montevideo.
- Jauretche, A. 1959. Política Nacional y Revisionismo Histórico. Ed. Peña Lillo. Buenos Aires.
- Kalinsky, B. y O. Cañete. 2000. Hechos escritos con fuego. Plus Ultra, Buenos Aires.
- Lolich, L. 1993. Patagonia, Arquitectura Rural en Madera. Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo San Carlos de Bariloche, Río Negro.
- Masera, F. (coord.). 1998. La meseta Patagónica de Somuncura, Gobierno de la Prov. del Chubut y Gobierno de la Prov. de Río Negro.
- Morello, J. 1995. Grandes ecosistemas de suramerica, pp 21-100, En: «El futuro ecológico de un continente» (G.C. Gallopín, comp.). Fondo Cultura Económica, México.

- Musters, George H. 1991. Vida entre los Patagones. Ed. Museo de La Plata, La Plata.
- Olascoaga, Coronel M. J. 1935. Topografía andina. Biblioteca de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. Cabaut y Cia., Buenos Aires.
- Onelli, C. 1977. Trepando los Andes (1904-1930). Marymar, Buenos Aires.
- Ortiz, R. 1955. Historia económica de la Argentina. Raigal, Buenos Aires.
- Vapnarsky, Cesar. 1983. Pueblos de la Patagonia norte. Editorial Río Negro, Gral Roca.
- Villegas, General Conrado. 1974. Expedición al Gran Lago Nahuel Huapí. Eudeba, Buenos Aires.
- Willis, Bailey. 1988. La Patagonia Norte. Eudeba, Buenos Aires.

Guillermo Gutiérrez, argentino, antropólogo, director de ICEPH (Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana, Bariloche), e investigador asociado de la iniciativa Sur Sustentable 2025. Correo-e: iceph@bariloche.com.ar